

Algunas notas sobre la edición en América latina

José Luis de Diego
IdIHCS, Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación
Universidad Nacional de La Plata / CONICET

Resumen

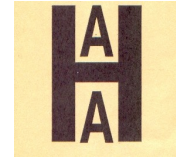
Con posterioridad al libro *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)* (2006), me centré en el estudio del campo editorial español desde la muerte de Franco, un objeto de estudio en expansión a partir de los conocidos aportes de Xavier Moret (2002) y Sergio Vila-Sanjuán (2003). Hacia fines del año pasado, constituimos un grupo con el fin de estudiar el espacio editorial en América latina, en especial, en México, Chile, Uruguay y Venezuela. En este sentido, hay que detenerse en el conocido caso de los emigrados españoles de la Guerra Civil, pero también en el itinerario de editores nómades que funcionan como integradores de centros de edición alejados. Así, por ejemplo, el trabajo hace referencia al argentino Arnaldo Orfila Reynal (fundador del FCE en Argentina y de Siglo XXI en México), al grupo de intelectuales peruanos ligados a la Editorial Ercilla, en Chile, y al español Benito Milla (fundador de Editorial Alfa de Montevideo y de Monte Ávila en Caracas).

Palabras clave: editores – América latina – redes intelectuales – mercado editorial – canon

Entre 2004 y 2006, dirigí un grupo de investigación sobre editores y políticas editoriales en Argentina. Los resultados de esa investigación se dieron a conocer en el libro homónimo que editó, en 2006, el Fondo de Cultura Económica. Uno de los problemas que se nos planteó, entonces, en el recorte del objeto de estudio fue qué hacer con el intenso intercambio que el mercado editorial argentino tenía con mercados externos. Muy a grandes trazos, se podría decir que antes de la Guerra Civil Española, Argentina era importadora de libros de alta calidad de factura y productora creciente de libros de baja calidad. Si se observa el período que va de fines del siglo XIX a comienzos del XX, las ediciones consideradas de calidad resultan escasas y todavía producidas con insumos importados, los que encarecían notablemente su costo. Es sabido también que el giro producido por la Guerra Civil tiene, al menos, dos consecuencias importantes: España deja de ser un mercado de competitividad externa y varios notables editores españoles se radican en Argentina y dan un impulso renovado a la edición en el país. Durante aquella “época de oro”, Argentina llegó a proveer el 80% de los libros que importaba España. A mediados de la década del cincuenta, aquella bonanza comienza a decaer, el país inicia un proceso de pérdida de mercados externos y encuentra en el mercado interno las razones de una productiva subsistencia. Así, en el campo de la literatura, se puede advertir que los catálogos se “desespañolizan” y se van “latinoamericanizando”. La Editorial Sudamericana marcó el ritmo de la producción del llamado *boom* de la novela latinoamericana y se fue creando, ya entrados los sesenta, un mercado de lectores nuevo, mucho más atento a la literatura de nuestro continente y a las novedades que, en el campo de las ciencias sociales y políticas, editaban los mexicanos del



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”

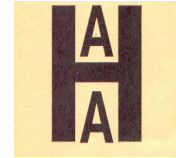


Fondo de Cultura y de Siglo XXI. La dictadura que se inicia en 1966 da un primer golpe a aquella realidad productiva y el segundo, letal, lo dará la dictadura que se instaura diez años después, en 1976. La recuperación democrática coincidirá con el despliegue del proceso mundial al que solemos llamar globalización que marcó y marca a la industria del libro hasta nuestros días. La progresiva concentración de las empresas en un oligopolio transnacional caracteriza un itinerario que parece tener sede en España, centro visible de la edición en nuestra lengua en los días que corren, pero que, como aquel dinero de Quevedo, en muchos casos “viene a morir en España / y es en Génova enterrado”.

Ahora bien, este breve introito es bien conocido por todos ustedes. Lo reseñé de este modo sólo para dar cuenta del problema metodológico con el que nos enfrentamos en oportunidad de escribir aquel libro: ¿cómo *aislar* a ese objeto, la edición en Argentina, cada vez más integrado a un mercado mundial? Hablar de ese objeto implicaba una suerte de recorte artificial, ya que, podríamos decir, nuestro libro *se detenía* allí donde el mercado *no se detenía*. Me convencí, entonces, de que era menester *abrir* el objeto y, por ende, complejizarlo. Esa convicción tuvo que ver, también, con el interés creciente por ese objeto que advertí desde, por dar sólo un par de ejemplos pioneros, el *dossier* sobre “El libro español” que publicara *Cuadernos Hispanoamericanos* en 1997 y el número de *Revista Iberoamericana* de fines de 2001, dedicado a “Mercado, editoriales y difusión de discursos culturales en América latina”. En 2008, invitado al Primer Congreso de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas, aproveché el compromiso y lo transformé en oportunidad para estudiar la edición en España con posterioridad a la muerte de Franco. Me encontré con una abundante y creciente bibliografía de muy diverso tipo: trabajos académicos, como los de Jean-François Botrel, Jesús Martínez Marín y Ana Martínez Rus (la mayoría de ellos sobre períodos cronológicamente anteriores); libros de periodistas culturales, especializados en el mercado editorial, como los muy informados de Xavier Moret (2002) y Sergio Vila-Sanjuán (2003); libros de testimonios de editores, como las estupendas memorias de Carlos Barral, o los de Rafael Borràs Betriu, de Jorge Herralde, de Esther Tusquets, de Mario Muchnik; los volúmenes de testimonios colectivos, como *Conversaciones con editores en primera persona* (2006), editado por la Fundación Sánchez Ruipérez; o *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana* (2007), edición a cargo de Antonio Lago Carballo y Nicanor Gómez Villegas, resultado de la desgrabación de un encuentro llevado a cabo en la Casa de América de Madrid, en setiembre de 2004. ¿Por qué mencionar estos libros entre tantos otros? Porque plantean una nueva dificultad de orden metodológico: buena parte de la bibliografía se compone de testimonios de editores o de homenajes a editores; o sea que, o bien caemos en la subjetividad de la primera persona, o bien en el tono apologético de quienes, muchas veces seguidores o discípulos, los admiran. Por otra parte, editoriales y editores son dos objetos de estudio muy diferentes; debería pensarse en algo así como un gráfico de doble entrada en el que, por un lado, se trace la evolución de una editorial, con las sucesivas figuras de editores, directores o asesores que encarnan esa evolución; y, por otro, el itinerario más o menos nómada de esos editores, como Jaime Salinas, Mario Lacruz o Javier Pradera, por diferentes empresas editoriales. ¿Hasta qué punto la presencia de un editor marca la política editorial de esa empresa, o hasta qué punto es la empresa la que marca las decisiones editoriales de ese editor? Estos problemas procuré deslindar y, al menos en parte, responder en aquel trabajo, “Notas sobre la edición de literatura en la España democrática”, que acaba de ser publicado.



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



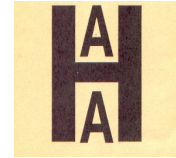
Después del Congreso al que hice referencia, en ese verano de 2009, me decidí a saldar una vieja deuda: la lectura de las 1800 páginas del epistolario de Julio Cortázar; las *Cartas*, editadas por Aurora Bernárdez en tres tomos para Alfaguara en 2000. Los epistolarios de escritores y editores suelen ser fuentes de mucho interés cuando se trata de estudiar las políticas editoriales y temas conexos, como la relación autor-editor, características de los contratos y niveles de venta, repercusión de los libros publicados, etc. En este sentido, pensé que aquel epistolario resultaba de enorme interés para *abrir* el objeto a partir de un “estudio de caso”, el de un escritor que tempranamente apuesta a borrar fronteras en las decisiones y proyectos de edición de sus libros, un escritor argentino al que lo edita Sudamericana, pero también Siglo XXI en México, Gallimard en Francia, Alianza y Alfaguara en España, Einaudi en Italia, Suhrkamp en Alemania, Pantheon Books en los Estados Unidos. El trabajo sobre “Cortázar y sus editores”, que leí en un par de encuentros, fue publicado, a fines del año pasado, en *Orbis Tertius* N° 15.

Ahora llegó el momento de pedir disculpas por el carácter autorreferencial de estas notas, pero creo que se trata de la crónica de un itinerario necesaria para desembocar en una nueva dimensión del objeto de estudio: si quería completar un panorama más abarcador de la edición de literatura en nuestra lengua, debía ocuparme, ahora, de las redes editoriales en América latina. Así fue que, hacia fines del año pasado, constituimos un grupo con el fin de estudiar el espacio editorial en América latina. De ese grupo forman parte Fabio Esposito, Malena Botto y Valeria Añón. Las notas que siguen procuran sintetizar una suerte de estado de la cuestión surgido de las primeras aproximaciones al tema.

En un artículo publicado en 1998, Susana Zanetti advertía sobre las dificultades que deben enfrentarse para constituir un canon latinoamericano. El ámbito continental carece de las normas reguladoras que tienen los Estados, de manera que la lucha por la constitución de un canon generalmente no excede los límites de la nación, de donde lo que llamamos canon latinoamericano muchas veces es sólo el resultado de una sumatoria de cánones nacionales. No existe, según Zanetti, ni una academia supranacional ni una labor crítica sostenida en el tiempo que pueda lograr estabilizar un canon para el continente. La Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica, que dirigió Pedro Henríquez Ureña, y la Colección Ayacucho, que diseñó y dirigió hasta su muerte Ángel Rama, son las célebres excepciones, en el campo de la edición, al diagnóstico trazado por Zanetti; colecciones a las que podría agregarse Tierra Firme, dirigida por Daniel Cosío Villegas a partir de 1944. De cualquier modo, es fácil advertir que en la historia del libro y de la edición ocurre algo similar, ya que, así como debimos limitar el objeto de estudio en nuestro libro de 2006, en otros países se han llevado a cabo estudios que focalizan su interés también en el ámbito nacional, tal el caso, por ejemplo, de la *Historia del libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, de Bernardo Subercaseaux, de 2000, o los trabajos de Gonzalo Santonja sobre la edición de libros durante el exilio republicano en México, como la mítica Editorial Séneca de José Bergamín. Era casi imposible, por lo complejo, brindar panoramas continentales sobre el tema de la edición, tal como el que bosqueja, con notable erudición, Gregorio Weinberg en *El libro en la cultura latinoamericana* (2006). Sin embargo, a medida que uno va rastreando estas historias nacionales del libro y la edición resulta evidente que todas se encuentran atravesadas por una realidad continental de editores migrantes, intelectuales y escritores nómades, dictaduras que alejan a sus mejores hombres quienes, a la vez, *contaminan* los países hermanos. Como decíamos al comienzo, a veces la biografía intelectual de un gran editor es



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”

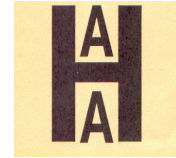


una magnífica excusa metodológica para dar cuenta de un mapa de redes y relaciones mucho más abierto de lo que en principio se creía. Me refiero, por ejemplo, al estupendo trabajo de Gustavo Sorá sobre Daniel Cosío Villegas, Arnaldo Orfila Reynal y el FCE. Sorá procura demostrar que las utopías americanistas encontraron en la colección Tierra Firme del Fondo su cauce de difusión y un espacio de unificación simbólica. Si los primeros títulos editados por el Fondo eran mayoritariamente traducciones provenientes del campo de la economía, la política y las ciencias sociales, con Tierra Firme Cosío consolida un género a medio camino entre la historia, el ensayo y la literatura que será, con el tiempo, fácilmente identificable con un formato de reflexión latinoamericanista. En una carta de diciembre de 1941, Cosío sostiene “que los libros deben ser escritos en un lenguaje llano, y en un estilo literario tan atractivo como sea posible, sin aparato documental o erudito alguno y el autor debe ponerse en el lugar de reconocer que sus lectores ignoran antecedentes o consecuentes de lo que él habla”; y agrega más adelante: “Ya sabe usted que la empresa, más que de una importancia comercial, lo es moral” (Sorá, en prensa). Cuando en 1948 se hace cargo de la dirección del Fondo, Orfila Reynal reforzará el proyecto de Cosío acentuando el carácter más masivo de las colecciones que lanza, como Breviarios y la Colección Popular. Pero lo más interesante del trabajo de Sorá es haber rastreado la figura de Norberto Frontini (y su correspondencia con Cosío), un abogado argentino que fue el “delegado apostólico” del FCE en América latina, y tuvo a su cargo organizar las redes intelectuales que debían armarse para diseñar su política de publicaciones. Los contactos de Frontini en los primeros años de los cuarenta (Clotilde Luisi de Podestá en Uruguay, Amanda Labarca en Chile, Astrogildo Pereira en Brasil) consolidaron la colección Tierra Firme, pero también fueron la génesis de las sedes que el Fondo fue creando, en Argentina en 1945, en Santiago en 1954, en Madrid en 1963, en Caracas en 1974, en Lima en 1975. En 1945 se crea, dijimos, la sede argentina del Fondo, la que estará a cargo, durante tres años, de Orfila Reynal. En el mismo año, Antonio López Llausás, director de Sudamericana, quien veía con recelo el ascenso del peronismo, funda dos subsidiarias de la empresa: Hermes en México y EDHASA en España. O sea: el Fondo se expande hacia el sur, mientras Sudamericana lo hace hacia el norte.

Como se ha hecho con idéntico período en Argentina, Subercaseaux llama “época de oro” a la actividad editorial chilena entre el treinta y el cincuenta. Las editoriales Ercilla y Zig-Zag son los vértices más visibles de aquel período floreciente. Pero si focalizamos la mirada, una vez más, en las redes creadas por el nomadismo político, la bonanza editorial se justifica en el lugar propicio que resultó Santiago para refugiados peruanos y venezolanos. Afirma Subercaseaux (2008): “En la editorial Ercilla, por ejemplo, tuvieron una participación destacada los peruanos Luis Alberto Sánchez, Ciro Alegría, Juan José Lora, Manuel Seoane, Luis López Aliaga, Bernardo García Oquendo y Pedro Muñoz, todos ellos vinculados al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) y perseguidos por los regímenes de Augusto Leguía (1919-1930), de Luis Miguel Sánchez Cerro (1930-1933), del General Osear Benavides (1933-1939) y del General Odría (1948-1956). Hubo también un grupo de venezolanos que se avecindaron en el país, expatriados por la dictadura de Juan Vicente Gómez (1922-1935), ese “duro y tosco pastor favorecido por el petróleo”. Fueron años en que vivieron o estuvieron temporalmente en el país, según palabras de Luis Alberto Sánchez, una verdadera cofradía de intelectuales y políticos latinoamericanos, algunos por períodos muy cortos y otros por años y años. Entre ellos el venezolano Rómulo Betancourt, el colombiano Alfonso López Michelson, el ecuatoriano Alfredo Pareja Diez-Canseco; los argentinos



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



Natalio Botana y Alberto Ghirardo, y los bolivianos Hernán Siles Suazo y Víctor Paz Estenssoro. Los veinte años, podemos agregar, del rectorado de Juvenal Hernández en la Universidad de Chile (1933-1953).

En 1951, llegó a Montevideo Benito Milla, un republicano español que había estado viviendo el exilio en Francia. Siete años después, en el '58, fundó la editorial Alfa. Allí editó las obras de Felisberto Hernández, Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno, y la de los jóvenes narradores de la generación del sesenta como Eduardo Galeano, Juan Carlos Legido, Mario César Fernández y Cristina Peri Rossi. Como afirma Rodríguez Monegal a mediados de los sesenta (1966):

Se ha fijado así un público capaz de consumir regularmente mil y hasta mil quinientos ejemplares de una novela corta de un escritor del que nadie ha oído hablar, o de agotar en pocos días los cinco mil ejemplares de *Gracias por el fuego*, la última novela de Benedetti. (Ya hay una segunda, de diez mil ejemplares). Esta realidad parecía impensable en 1945.

Además, Milla ha fomentado la publicación de revistas como *Deslinde* (1956/1961), *Letras 62* (1962/1963), *Número*, en su segunda época (1963/1964) y *Temas* (1965). Pero me interesa la figura de Milla, con relación a las redes, ya que en 1967 con la asunción de Jorge Pacheco Areco en el Uruguay y con el endurecimiento progresivo de las medidas represivas, Milla se radica en Caracas y en 1968 funda, junto con el escritor Simón Alberto Consalvi, la Editorial Monte Ávila, la que, como el Fondo mexicano, rápidamente encontró respaldo estatal para su subsistencia y desarrollo. Cabe recordar que Monte Ávila, después de Sur y antes que los españoles, editó a Walter Benjamin en 1970 y, por intermediación de Rodríguez Monegal, dio a conocer, en 1973 la primera traducción al español de *La angustia de las influencias* de Harold Bloom.

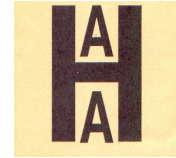
De México a Argentina, de Chile a Perú, de Uruguay a Venezuela y muchos otros recorridos por explorar. En suma, y volviendo al comienzo: limitar el objeto a las fronteras nacionales puede resultar artificial, pero es ciertamente plausible; abrir los límites se parece en algo a la caja de Pandora. Sin embargo, a medida que uno se va adentrando en los trabajos existentes respecto de las historias del libro y la edición en los diferentes países de América latina, se advierte que el interés ha crecido y el corpus está tomando forma. Quiero decir que es posible y aun necesario comenzar a explorar la eventual realización de una historia de la edición en América latina que, como las historias literarias del continente, acepte el desafío de no limitarse a ser una sumatoria de las historias nacionales y encuentre en las redes que aquí reseñamos muy brevemente su objeto de reflexión, análisis y desarrollo.

Bibliografía

- Lago Carballo, Antonio y Nicanor Gómez Villegas (eds.) (2007). *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica / Siruela.
- Moret, Xavier (2002). *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*, Barcelona, Destino.



IX Congreso Argentino de Hispanistas
"El Hispanismo ante el Bicentenario"



- Rodríguez Monegal, Emir (1966). "Prólogo" de *Literatura uruguaya del medio siglo*, Montevideo, Editorial Alfa.
- Sorá, Gustavo. "Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en tierra firme". Carlos Altamirano (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz Editores. En prensa.
- Subercaseaux, Bernardo (2008). "Editoriales y círculos intelectuales en Chile". *Revista Chilena de Literatura* (Santiago de Chile), 72, abril: 221-233.
- Varios Autores (2006). *Conversaciones con editores en primera persona*, Madrid, Fundación Sánchez Ruipérez.
- Vila-Sanjuán, Sergio (2003). *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*, Barcelona, Destino.
- Weimberg, Gregorio (2006). *El libro en la cultura latinoamericana*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Zanetti, Susana (1998). "Apuntes acerca del canon latinoamericano". Cella, Susana (comp.). *Dominios de la literatura. Acerca del canon*, Buenos Aires, Losada: 87-105.